

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XXIII

¡Oh hermano del Amor, Himeneo, Himeneo!
Dios coronado de flores, joven de rubios cabellos

MELÉNIS: Canto V.

CALIXTA y Andrés, merced a cuyas mañas la *quey-ra* fué raptada a los rumies y devuelta a Sever-Turn, fueron colmados de honores. Principalmente Calixta, directora de toda la trama, vióse tratada como princesa y alojada en palacio y atendida por un ejército de camareras.

Su influjo llegó a ser enorme y su favor disputado. Nada se temía tanto como desagradarla. Así fueron acatados sus deseos de salvar a Juan tan rápidamente como fácil le fué disponer de cómplices para la fechoría que urdiera, y de tanto horror la colmara una vez, a su parecer, llevada a cabo.

Temblando de angustia y en terrible silencio aguardó que el vil e infame sicario le trajera noticias del calabozo. En cuanto vió a aquel hombre comprendió

que Juan se había salvado, pues nunca de otra suerte se hubiera aquél presentado ante ella, por más que obrase con fidelidad de esclavo.

Si; llegóse a tiempo de arrebatarse a Juan el pan, que apenas tocó y que había de matarle, y pidió con ansia detalles para cerciorarse plenamente de la indubitable y cara salud del prisionero.

Luego despidió a todos, menos a Hubert, hacia el cual se volvió centelleante. Si hasta hace un momento le detestaba por haberla impelido al exterminio de Juan, ahora le agradecía profundamente la maquinación urdida para arreglarlo todo: si Odette se avenía a casarse con Hubert, de rechazo Juan caía en brazos de la gitana. Le daría la libertad a Juan, y, una vez libre, conocería por ella la traición de Odette.

Si bien Andrés acechaba en la sombra, le dejaba al margen por ahora. Harto tenía que pensar la gitana en otras cosas... En fin, si el cingaro se ponía pesado, ¿no quedaba a mano algún pan a propósito? Se haría una torta a estilo romancho, la torta de los esponsales, pasta pesada y muy indigesta...

Ahora era menester a toda costa que Odette se aviniese de grado a la realización de este plan maquiavélico.

—Hay que decidirla—le dijo a Hubert—. Cuento para ello contigo, si bien al parecer no te quiere... Pero voy a darte unos consejos que te ayuden en este difícil trance...

Y con los consejos le entregó una cajita que el noble anciano encargado del economato de palacio le dió la víspera para que se distrajera. Provisto de ella, Hubert, seguido de Calixta, se dirigió al cuarto de la *queyra*. En esta ocasión iba a abordar a Odette con mayor desparpajo que la vez primera, y, a su parecer, con mayores probabilidades de éxito.

Calixta mandó que le franquearan la puerta, se escurrió tras él y se ocultó para asistir a la interesante conferencia.

Odette, al ver a Hubert, llamó a una azafata y la ordenó que le echase; pero Hubert explicó en lenguaje desconocido por los gitanos que iba a tratar de salvar a Juan de los más atroces suplicios, y que era menester de todo punto le oyese breves momentos.

Como Odette titubeaba, Hubert le enseñó la carta que la joven escribió a Juan y se halló en poder de éste.

Entonces se avino a que Hubert se acercase, pero dió orden a las camareras que estuviesen listas a acudir en cuanto las llamase.

—Usted se porta mal conmigo, Odette, y no tiene razón. Una vez más voy a probarle que soy su verdadero amigo. A mi intervención se debe que Juan no haya muerto envenenado a estas horas... Y lo peor, Odette, es que a poco muere por culpa de usted.

—¡Por culpa mía!—exclamó Odette.

—Sí; Juan se negaba a tomar la comida que Calixta

y yo le suministrábamos a escondidas: Calixta, porque no ha olvidado cuánto debe a la bondad de Juan, y yo, porque bien sé que usted no me perdonaría nunca la muerte de Juan..., y en fin, porque no soy un monstruo.

—¡Y se negó a comer!

—Sí; y ha hecho bien, pues Andrés, dispuesto a desembarazarse cuanto antes de Juan, a quien profesaba odio feroz, hizo llegar a sus manos un pan envenenado, que Juan se negó a probar igualmente... Entonces se acudió a usted y se le sugirió esta carta... esta carta, que decidió a Juan a comer del pan envenenado...

Odette lanzó terrible grito, y al oírlo todas las mujeres acudieron; pero Hubert la tranquilizó en seguida... Llegó a tiempo de salvar a Juan, que apenas probó un bocado... Le cogió el pan y la carta.

Ahora bien; leída la carta en el Consejo de ancianos, el patriarca se la entregó a Hubert, *porque la correspondencia de la mujer pertenece al marido*.

—Usted sabe bien que nunca será mi esposo—le echó en cara Odette, atenta a aquel discurso, con honda pena en el alma, pues se preguntaba qué fin movía a Hubert en todo ello.

—Que salgan de aquí estas mujeres—repuso Hubert sin conmoverse ante las protestas enérgicas de la joven—. Nos estorban... Sepa usted, Odette, que el Consejo de ancianos, con la carta de usted, me regalaron para usted esta cajita que voy a enseñarle...

Odette hizo una señal y de nuevo quedaron solos. Entonces Hubert sacó la cajita del bolsillo.

—Colóquese usted a contraluz y mire en esta caja. No he visto en mi vida cosa más curiosa.

Diciendo esto, puso la caja al alcance de los ojos de Odette, que miró al fin por la lente y apartó en seguida la cajita con hondo gemido.

—Esto es espantoso—dijo—. ¿A qué me lo enseña usted?

—Aún no ha visto nada—siguió diciendo Hubert—; es preciso que vea usted más. Quiere el Consejo que le comunique a usted una orden, de la que no podrá usted formarse idea sin seguir mirando por esta lente.

—Váyase usted—dijo Odette en voz baja—. ¿No ve usted que su presencia me horroriza y que es completamente inútil hacerme ver todo esto?

—Al contrario, muy útil; le repito que va en ello la vida de Juan... Esta caja va henchida de preciosas enseñanzas que pueden decidir su suerte...

—No le comprendo; explíquese...

—La explicación la tiene usted aquí, en cada letreiro... Tome usted... Mire usted una vez tan sólo, una vez siquiera... y lo sabrá usted todo...

Y de nuevo le presentó la caja... y Odette tuvo el valor de mirar de nuevo...

Esta vez ya no pudo gritar... retrocedió con los labios temblorosos, la vista extraviada... y las manos en alto, como si quisiera ahuyentar terroríficas visiones...

Y aquello era atroz, en efecto: la caja era una especie de estereoscopio con un aparato que hacía girar diferentes fotografías, sendas fases de los más espantosos suplicios... Trajo estas láminas de China un eíngaro, impresionadas por él personalmente en el momento en que el verdugo, con insuperable ciencia, desollaba a la víctima, arrancaba jirones de carne, mondaba los huesos y dejaba, al fin, el tronco mutilado y palpitante... La foto reproducía aquella labor sin perder detalle de las muecas dolorosas, hasta el momento en que el suplicio terminaba con el último soplo del sentenciado...

—Usted conoce el fanatismo de los gitanos—explicó Hubert—. No he de contar a una joven de la Camargue, que ha vivido a la sombra de Santa Sara, qué son capaces de hacer cuando entra en juego «su religión». Ahora bien: es preciso que las Escrituras se cumplan... Acaba usted de ver el suplicio a que condenan los ancianos a Juan si usted no consiente en casarse conmigo... Por otra parte, si me caso con usted, ha logrado que se restituya a Juan a la vida, a la libertad... Ahora, escoja usted, Odette...

CAPÍTULO XXIV

LA ALEGRÍA DE «EL PULPO»

EL *Pulpo* estaba alegre como unas castañuelas. Por lo demás, toda la ciudad aparecía alborozada. Una proclama del Gran Consejo anunció al pueblo que al día siguiente se verificaría la ceremonia de la coronación e inmediatamente la del casamiento. Por fin, la *queyra* se sometía a la Ley y a las Escrituras, y se avenía a casarse con el rumí que la devolvió a Sever-Turn...

Todos acogieron nueva tan feliz con entusiasmo, celebrándose, como era debido, lo mismo en la antigua ciudad gitana como en el barrio europeo. Los mercaderes cerraron las tiendas y desaparecieron del parador las canastás, si bien lo alborotaron las danzas gitanas tanto o más que el bullicio del mercado.

En el hotel de los Balkanes se bailaba con frenesí el tango y el foxtrot y corría el champán a mares. El bueno de Nicolás Tournesol estaba en sus glorias: de

vez en cuando se preguntaba qué habría sido de Rouletabille, al cual no había visto en tres días; pero es forzoso declarar que la alegre presencia de la señora de Meyrens bastaba en aquel momento para borrar de su espíritu toda inquietud por la desaparición del repórter.

No se separaba un momento el uno del otro: bailaban, comían, bebían siempre juntos. «Esto sí que es una mujer. Nunca enferma; nunca mustia» —le decía el señor Tournesol, admirado de su alegría contagiosa y de su resistencia.

Cortejábala de firme; pero la señora de Meyrens no cesaba de reír a sus anchas.

«Se cisca en el amor» —pensaba el comisionista—: en ello estriba, sin duda, la fuerza de esta mujercita... Me explico que enloquezca... No se parece a las demás mujeres y siento que me está volviendo *mochales*.

Entre dos *cocktails* y echándole a la cara el humo del cigarrillo, le espetó aquella noche a quemarropa:

—¿Qué le contó Rouletabille el otro día?

Nicolás Tournesol enrojeció como la amapola.

—¿A mí?—preguntó, tratando de simular el asombro—, pues... nada...

La señora de Meyrens se echó a reír.

—Es usted un bandido y un bobalicón, señor Tournesol; no sabe usted mentir...

—No sé qué quiere usted decir—balbuceó el comisionista.

—¿Me va a negar que estuvo con usted más de un cuarto de hora en la habitación de usted?

—¡Ah!, se refiere usted al joven que...

—Sí; a él me refiero... ¿No sabía usted que ese joven es Rouletabille? A otro con ésas, querido.

—A fe mía que olvidó decirme su nombre... O quizás me lo dijo... ¡pero como yo sólo pienso en usted!... Y, créame, cuando pienso en usted, ya puede tronar el cañón a mi lado, que no oigo nada.

—En fin: ese joven, fuese o no fuese Rouletabille, le visitó a usted con un fin.

—Puede, sí, colegir vagamente de sus palabras que iba a marcharse del patriarcado y sentía no encontrar un compañero de viaje... Pero como yo no pienso salir de Sever-Turn mientras que usted esté aquí, hermosa joven, le comuniqué que no contara conmigo... Sin duda echó mano de otro, o bien se fué solo, pues no le he vuelto a ver...

—Ea, voy a decirle a usted, gran embustero, lo que fué a hacer en su cuarto... su Rouletabille... Fué a entregarle un paquete sellado de documentos, que ha de remitir usted al ministro de Estado francés, si ocurre cualquier desgracia que nos prive para siempre del primer repórter de Europa.

Nicolás Tournesol, abrumado y enrojecido como nunca, bajó la cabeza: «¡Chitón!, eso es un secreto, un secreto de ambos...» y siguió balbuciente:

—Yo no conocía a ese señor; pero vino a soli-

citar de mí un favor que no puedo negar a un compatriota... ¿Y cómo se ha enterado usted?

—Del modo más sencillo, bobalicón... Antes de dirigirse a usted estuvo en casa del cónsul de Valaquia, que se negó a admitir el paquete y me contó el incidente durante la cena, como me enteró Ladislao Kamenos, el simpático condueño del hotel de los Balkanes, de que un extranjero fué a verle a usted aquella mañana, a raíz de la visita del cónsul; no me fué difícil imaginar que Rouletabille reiteró a usted la solicitud que tan poco éxito obtuvo en el Consulado... Ya ve usted que no es brujería el descubrimiento.

—No es posible, indudablemente, ocultarle nada—dijo Tournesol al vaciar el vaso y ver qué partido sacaba del incidente—. Lo que no me explicó es que un diplomático negase al buen hombre un favor tan sencillo y que de lleno entra en el círculo de sus funciones...

—Precisamente lo negó por ser diplomático; y si usted fuese diplomático, se lo hubiera negado también. El cónsul pidió a Rouletabille licencia para abrir el paquete y conocer su contenido, a lo cual se opuso Rouletabille... Y el cónsul, naturalmente, le contestó que no podía comprometerse a enviar a un ministro extranjero documentos cuya naturaleza desconocía... ¿hay cosa más natural?

—Pues bien... como no soy diplomático, no doy tantos rodeos... Se me pide un favor... lo hago... Estoy enamorado, lo digo...

—¡Jactancioso!

—¡Señora de Meyrens, te idolatro!

Y pasándole el brazo por la cintura, la obligó a bailar con él un *shimmy* tan gracioso, que la señora lloró de tanto reír.

Feliz por este éxito, el señor Tournesol se manifestó cada vez más osado; a las dos de la madrugada, pesaroso, y no poco, de separarse de la señora de Meyrens, la llevó hasta la puerta de su habitación. Pero la joven le indicó la suya al final del pasillo y, desprendiéndose, le dijo que era ya hora de descansar y que no era señal de buena amistad no despedirse...

El señor Tournesol suspiraba tan fuertemente, que su queja hendía los muros.

—Me siento débil—exclamó—, increíblemente débil... Si usted no acepta la modesta cena que he mandado servir en mi cuarto, y que estando solo me sería imposible probar, veo que ciertamente voy a sucumbir...

—Lo malo es que no tengo hambre—le contestó la señora de Meyrens—. Sin embargo...

—¿Qué me dice usted?

—Sin embargo, si usted ha de decirme algo más..., me avengo a que me lo diga usted en mi cuarto...

—¡Ah!, es usted angelical...

—Pero con una condición.

—Las acepto todas.

—Con la condición de que me traiga el paquete que le entregó Rouletabille.

—¡Ahl, es usted el mismo demonio...

La señora de Meyrens, sin contestar, entró en el cuarto, dejando plantado y muy perplejo al señor Tournesol en el pasillo.

El comisionista se fué con lento paso a su habitación, empujó la puerta, suspiró al contemplar la cena depositada en una mesita entre dos cubiertos, volvió a suspirar, sacó las llaves y abrió la caja empotrada en el muro, como lo estaban todas en cada cuarto por consejo que le diera el propio Tournesol a Ladislao Kamenos, dueño de hotel tan moderno, precaución excelente en un país en el que los *balogards* sienten hondas simpatías por la hacienda ajena.

El paquete estaba allí, en la caja.

Tournesol alargó la mano, pero al ir a coger el precioso depósito, cerró bruscamente la caja, jurando como un condenado. Sin probar bocado de la cena, se acostó furioso.

CAPITULO XXV

¡Adiós, radiante luz de nuestros cortos veranos!

BAUDELAIRE.

LEGÓ, por fin, el día de la consagración. Un sol esplendoroso se alzaba sobre Sever-Turn. Aureas flechas de luz celeste caían sobre las salas de palacio, por las que discurrían veloces y atareados innumerables sirvientes. En el gineceo, todas las mujeres se afanaban en ataviar a la reina, para lo cual habían sacado de las arcas las vestiduras más ricas y las joyas más arcaicas, de remotísimas fechas. Era éste el tesoro de los antiguos cingaros; tesoro custodiado a través de los siglos como arca santa, el becerro de oro, en fin, que fué siempre, y sin interrupción, el dios de los nómadas desparramados, a despecho de las sucesivas religiones adoptadas, que, a partir de las primeras caravanas del mundo, fueron formando una rara amalgama de todas las creencias y de todas las supersticiones.

Odette se dejaba perfumar y vestir el pesado traje tradicional de la *queyra*, compuesto de una especie de peto rígido como una armadura, suerte de corpiño un poco descotado y muy ceñido al talle, guarnecido de rubíes y piedras preciosas, que salpicaban también la saya de seda, y compuesta de sendas partes de colores diferentes, entreabierta para descubrir un pantalón oriental que caía hasta los tobillos, hasta las sandalias, que parecían talladas para albergar finísimos pies.

Luego se echó sobre sus hombros el manto regio, recamado con hilos de oro y de plata el escudo de armas de Sever-Turn.

Odette dejaba en libertad a las mujeres, dócil a sus manos expertas, sin protestar contra sus exigencias, extraña completamente a cuanto ocurría en torno suyo. No hubieran ataviado de otra suerte a una muerta para las exequias fúnebres: ¡tan inerte y exánime parecía la joven princesa! Y, ciertamente, aquellos preparativos eran de funeral, exequias de los tiernos amores de la desdichada Odette, de la dicha un momento entrevista.

Y realmente, la pobre, ¿no iba a morir? Una vez Juan salvado y libre, no tenía la joven otro recurso que desaparecer de este mundo abominable, que alegró primero su vida con sonrisas y la atenazó luego en el potro monstruoso del más feroz fanatismo. Si, primero conoció la primavera de la Provenza, los pa-

seos, del brazo de Juan, en las mañanas claras y encantadoras de la Camargue, y los acentos de la voz amiga, que le decía, en el habla dulce de aquellas tierras:

—Arboles floridos, lindas veredas, bellos melocotoneros, blancos ciruelos... para honrar a la moza angelical, verted sobre su cabeza, cuanto antes, copos de flores, vuestra nieve precoz... Reíd, flores de los arroyos, flores de los prados, y esparcid vuestros aromas por donde va a pasar.

Si; había pasado por ello, y ahora ¿adónde había llegado? Al negro abismo de Sever-Turn, en el cual revoloteaban demonios atareados en prepararle maldicidas nupcias... ¡Qué chasco van a llevar! Cuando la crean llena de vida, ella echará a volar como un pajarillo.

«Ya que en la tierra no hay amor sin miedo,—busquemos un refugio entre los astros;—allí la luz te vestirá de encaje,—allí las nubes celarán tu dicha...»

Allí, joven de las Camargues, hallarás tu verdadera cámara nupcial, allí donde se duerme feliz en deliquio eterno.

¡De pie! ¡Sonó la hora! Ya el bronce de las campanas esparce sus fatídicos acentos, que estremecen a todo el antiguo monumento. Fuera el pueblo te llama, el pueblo que se asfixia en el templo. Ya acuden los cortejos y humea el incienso en los turibulos. ¡Arriba, Odette!

Su traje es tan pesado, que hay que levantarla; su tierno cuerpo tan débil, que hay que sostenerla. Pero de pronto una fuerza singular la yergue y la deja espantosamente rígida. Al parecer se ha trocado en estatua al conjuro de una mirada... de la mirada de Zina.

Zina es sólo una sombra, un trasto viejo, que un soplo podría hacer añicos..., pero sus ojos arden con tal vigor, que animan, al parecer, a otros... Y da toda esa vida de sus ojos a Odette..., se la vierte en una comunicación de energía sobrehumana... Sus ojos rigen al cuerpo inmóvil y sumiso de Odette... Y ahora la estatua va a andar. ¡Gloria a la *queyra!* ¡Va a casarse! ¡El esposo la aguarda!

Cuando apareció en el sagrado pavimento del templo, el pueblo, delirante, prorrumpió en estentóreos hosannas.

CAPITULO XXVI

PERO UNO LOGRÓ PERTURBAR LA FIESTA...

JUAN, entretanto, aguardaba en el fondo del calabozo el desenlace de los acontecimientos. No desesperaba. Los sucesos ocurridos en los tres últimos días le infundían valor para arrostrar su espantoso cautiverio; la repentina aparición de Rouletabille, disfrazado con el uniforme del viejo consejero, y unas palabras que le dijo, eran clara muestra de que no estaba todo perdido, y de que su amigo el repórter se preocupaba de su salvación. Por lo demás, los breves momentos pasados con Odette, le inundaron el corazón de infinita alegría, y su recuerdo, a pesar de lo duras que fueron las horas siguientes, le confortó y sostuvo en su lenta agonía... El amor lleva implícita tal fuerza, que infunde a los más desdichados incansable optimismo.

Realmente no tuvo motivos para desesperarse. Se

le quiso envenenar, pero Rouletabille acudió a tiempo. Y ahora, oportunamente, solía visitarle Zina, llevándole comida con el beneplácito de la guardia, conquistada por Calixta.

Zina probaba los alimentos que llevaba al prisionero, demostrándole así que eran inofensivos; y los probaba después de pronunciar unas palabras misteriosas, de las que Juan colegía el pronto término de sus desdichas y su próxima reunión con Odette.

La vieja le dijo categóricamente:

—Esto... mañana.

¿Mañana... qué? ¿El rescate? Evidentemente. Juan no había vuelto a ver a Rouletabille, pero ahora ya no podía de que el repórter maniobraba en la sombra para salvarle. Tan absorto estaba en estos pensamientos, que se sobresaltó al oír unos pasos en la galería del calabozo.

Y de pronto se incorporó. Una sombra se movía ante la reja y metía una llave en la cerradura. Con asombro vió que aquella persona no era Zina. ¿Quién, pues? El bulto entró.

¡Era Calixta!

A Juan se le escapó una exclamación dolorosa.

La gitana le dijo:

—Ven.

Juan no se movió, y Calixta repitió:

—Ven: ¡eres libre!

Juan la miró, agobiado de siniestra angustia. No

comprendía aquello ni era aquélla la persona que esperaba. De la gitana provenía todo el mal... No se fiaba... Aquella mujer sólo podía traer consigo alguna nueva perfidia.

Acabó Juan por preguntarle:

—¿A qué has venido?

—A salvarte.

—No te creo.

—Sígueme, y verás.

—¿Adónde me llevas?

—Adonde quieras: a la liberación. Ven. No temas. He logrado tu perdón del Consejo Supremo. Mis palabras enternecieron a los ancianos. Les conté cuán bueno fuiste siempre conmigo y agregué que habías sufrido ya bastante... He prometido que saldrías inmediatamente de Sever-Turn para no volver más... y aquí tengo la orden de tu libertad.

Y le tendió el pasaporte. Juan lo leyó a la luz de un papel encendido, colgado enfrente de la reja... Pues sí que era cierto. Estaba ya libre... Y dijo:

—Pero no saldré de Sever-Turn sin Odette.

—No confíes en eso... y créeme: no pienses más en Odette... ya que no piensa en ti.

—No te creo. Eres la misma. Ya sospechaba que no podías venir sino para atormentarme. Además... nada consigues con eso. No sé por qué te escucho... Soy libre... Ea, adiós.

—Adiós, Juan.

Juan dió unos pasos; pero Calixta continuaba en el calabozo. Juan se volvió para agregarle:

—Si te debo el ver de nuevo la luz del día, pagas algo de lo que debes y yo te perdono, Calixta.

—Perdóname, porque todo lo hecho lo hice por tu amor. Hagas lo que hagas y *sepas lo que sepas*, ten siempre presente que soy para ti la esclava más sumisa.

—Y la más embustera... ¿Por qué me dices que Odette ya no piensa en mí? ¿Estás loca?

—No desvarío, no... Vete: al paso hallarás quien te informe tan bien como yo.

—Explicate. Algo me ocultas.

—Nada te oculto; pero no me avengo a darte detalles de lo que, sin duda, te hará sufrir. Te revolverías contra mí, sin duda... Ya conozco de sobra la cólera de tu palabra.

Juan salió. Nadie había en el pasillo. No sabía por dónde echar a andar. Volvióse hacia Calixta, que a la sazón salía de la mazmorra, empujando la reja.

—Deja que te guíe—exclamó—. Conviene que salgas sin ser visto de la guardia de palacio, y así nos ahorraremos explicaciones. Conozco un atajo subterráneo por el cual saldremos al templo. Nadie en él reparará en ti, por ser gran día de fiesta, y podrás escabullirte hacia el barrio europeo.

—¿Hay mucha gente en el templo?

—Una muchedumbre enorme. Figúrate... hoy se casa la *queyra*...

—¿Qué *queyra*?—exclamó Juan con voz enronquecida.

—No conozco más que una, querido. Hoy se casa Odette.

Estas tres palabras, «se casa Odette», abrumaron a Juan de tal modo, que no pudo proferir protesta ni gemido alguno.

Le pareció que su corazón cesaba de latir y su vida y la vida toda en torno suyo se paralizaba completamente. Sólo en el mundo bullía una cosa horrible: Odette va a casarse, va a pertenecer a otro...

No ponía en duda la palabra de Calixta. Ahora comprendía por qué le libertaba. De no tener que comunicarle tal noticia, ni hubiese venido ni le hubiera abierto la puerta del calabozo.

En fin, ¿no tomaba la precaución de llevarle de la mano a la ceremonia? ¡Con qué alegría y presteza no vino! Nunca Juan la detestó y despreció con tal encono. Y, repuesto un poco del golpe con que le hirió, Juan se vengó ignominiosamente, como pedía el caso...

Le espetó la palabra más injuriosa de la lengua cingara: llamóla *uscheia* (perra) y le escupió, como había visto que hacían los bohemios irritados.

No lo tomó Calixta muy en cuenta. Levantó los hombros, mirándole con compasión, y reanudó la marcha por el pasillo que antes recorriera Rouletabille; en la cancela se detuvo para abrir. Entonces Juan le dijo:

—Conozco a Odette, y sé que me quiere. Ni tú puedes dudarle. Viste nuestro beso en el fondo de la mazmorra, y cuando se besa así, el amor es para toda la vida.

—Odette vive y se casa—replicó la gitana con aspereza.

Y Juan la contestó sin titubear:

—La han forzado a ello; han debido de amenazarle con no sé qué horrores, y sobre ello podrías tú decirme algo... No le guardo rencor a Odette: es una niña, muy tierna para los sufrimientos.

—Tú lo has dicho: es una niña—subrayó Calixta—, una niña ingenua; así la juzgo. Pero es una niña también que no sabe lo que quiere. Empezó amando a Hubert, te quiso a ti luego, después inclinóse a Rouletabille, se volvió hacia ti de nuevo y, por último, se aviene a casarse con Hubert, su primer amor.

—No lograrás que dude de Odette—susurró el joven, a quien las últimas palabras de Calixta le inundaron de dolor—. Si se casa con Hubert, yo moriré quizás; pero se lo perdonaré, porque se casa a la fuerza con un hombre al cual odia.

—¡Bah!, querido; no lo parece—repuso Calixta con horrible ironía—. No diré que se case entusiasmada, pero sí que va al altar sin repugnancia, del brazo del más apuesto mayoral de cuantos hicieron las delicias de su infancia.

—¡Miserable!

—Insúltame, Juan; me gusta cuanto viene de ti: no soy como Odette. No he querido más que a un hombre en mi vida, y ese solo me tocó... Y ya pueden amenazarme con los más atroces suplicios, que yo los sufriré alegremente antes de casarme con otro hombre, como no sea él. Y ahora, cálmate... No he de decirte más... Abre los ojos y verás...

Habían ya llegado a la angosta escalerilla de caracol, por la cual días antes bajó Rouletabille a los sótanos de palacio, y Juan trepó por ella presa de mil nuevos sufrimientos.

Llegó al templo en el preciso momento en que la *queyra*, al aparecer, era saludada con frenéticas aclamaciones.

Se levantó todo el Consejo de ancianos, y el patriarca, cogiéndola de la mano, la llevó al trono de marfil, protegido por un dosel de telas fabulosamente ricas. Andaba la reina con paso de autómata, dejándose guiar con sumisión absoluta. Quedóse allí como en el centro de gloriosa nube. Todos, alborozados, gritaban:

—¡Es la *queyra*, es la *queyra*!

A sus pies se sentaron jóvenes vestidas con albos trajes. Cantóse un himno coreado por todos. Luego siguió una pausa de profundo silencio, y de pronto abrióse una puerta bajo el ábside y apareció Hubert envuelto en una túnica muy sencilla, pero ostentando el regio collar de valor inestimable.

Venía descubierto y toda su fisonomía revelaba cierta rudeza casi feroz. Vivía el momento más trágico de su vida. Unos minutos más, y será dueño de Odette y de una corona. Pero en este supremo instante no podía olvidar su extraño sino, que le arrojaba siempre de un polo a otro, que le hundía siempre que creía ya tocar el término de sus deseos, y así, bajo la máscara de su gravedad temible, de su ceño de luchador dispuesto siempre a encararse con el adversario, ocultaba profunda angustia.

Tal como era, gustó a los cíngaros, que le aclamaban también, aceptándole como soberano.

El gran Coesre llevó a Hubert a su sitial, como el patriarca llevara antes a la *queyra* hasta el trono. Hubert, contiguo a Odette, ocupó un silloncito de mármol como los reservados a los ancianos del Consejo Supremo.

Odette no miró a Hubert, ni Hubert miró a Odette. En aquel momento pensó: «¿Dónde estará Rouletabille? ¿Qué estará haciendo?»

Durante tres días mandó buscarle... Nadie le dió noticia alguna. Nadie halló su rastro. ¡Ah!, si hubiera logrado meter en el calabozo a Rouletabille en sustitución de Juan, como había prometido a la señora de Meyrens. ¡Qué tranquilo gozaría de toda la alegría del triunfo!

Habían ya empezado los oficios, los extraños oficios, mezcla de ritos de todas las religiones y de to-

das las edades... Frecuentemente los interrumpía la danza, como en los tiempos bíblicos... Y así, de pronto, vióse a Calixta, contoneándose envuelta en ligeras gasas...

Nunca estuvo más hermosa. Todos los asistentes creyeron que danzaba en honor de la *queyra*; pero en verdad, era a Juan a quien dedicaba su delirio coreográfico. Caía a los pies de Odette como presa de un deliquio, prosternándose subyugada de místico éxtasis; pero en realidad, era a Juan a quien invitaba al anonadamiento amoroso, del cual resucitaba súbitamente para seguir danzando en forma tal, que su cuerpo juvenil parecía perseguir el deleite y huir de él en caprichosos giros.

Sabría que siempre le había gustado por la audacia pagana de su arte, que en ella parecía innato, pues su imaginación se desbordaba creando figuras inesperadas, en que se expresaba su alma ardiente, sensual, sumisa al amor con humildad de esclava, y vengativa con derroches de humildad.

¿Es posible que Juan presenciase aquel espectáculo sorprendente sin acordarse del final de los otros, de la alegría con que la acogía medio muerta en sus brazos impacientes, temblorosos, de aprisionar a la Belleza?

¡Ay! Juan ni siquiera la miraba. Tenía clavados los ojos en Odette y en Hubert, sentados en solios contiguos, como si ya estuviese consagrado su enlace, y el dolor de Juan era infinito.

Como dijo a Calixta, no creía a Odette culpable de aquella defección amorosa. Bastaba verla para comprender que la desesperación que la clavaba en el trono entre los abrumadores oropeles regios, era al menos tan grande como la que agarrotaba a Juan junto a aquella columna, sin que nadie se fijase en su lenta agonía. Ya no tenía fuerzas ni siquiera para desear la muerte de Hubert. Así eran las cosas. Ni unos ni otros podían ya hacer nada. Como decían los cingaros, estaba escrito! Estaba escrito que Juan no se casaría con Odette, y que Odette sería la mujer de Hubert. Sobre todos pesaba la fuerza de lo inevitable. Vanas fueron todas sus proezas. Solamente Juan lamentaba que no se le hubiese dejado morir en el calabozo.

El resto de la ceremonia discurrió para él como si fuese un sueño, una pesadilla cada vez más horrible, que al cabo le arrancó un gemido al ver que el patriarca enlazaba las manos de Hubert y de Odette, para casarlos.

El patriarca, dirigiéndose a Hubert, pronunció unas palabras que Juan no comprendió, pero cuyo sentido adivinó, y que podríamos traducir de este modo: «No olvides nunca que eres rey por la voluntad de nuestra reina; jura que la servirás como el más fiel y el último de sus súbditos, y no tendrás otra voluntad que la suya... Jura que acatarás siempre las decisiones del Consejo de ancianos, y que en adelante pertenecerás al patriarcado en cuerpo y alma.»

Luego, volviéndose hacia la *queyra*, el patriarca le dijo, mientras se acercaban las jóvenes con la diadema regia:

—Y tú, hija mía, tú que perteneces a la raza y estás consagrada por las Escrituras, recibe esta corona de manos de tu pueblo!...

En este momento ocurrió el suceso tan temido por Hubert, pues se vió a Rouletabille salir como por ensalmo y ponerse en medio del coro, perturbando toda la ceremonia.

Al mismo tiempo exclamó:

—Pueblo, te han engañado. Esta joven no es cingara. No es la *queyra* que te han vaticinado.

Dijo estas frases con voz atronadora, y lo más gracioso fué que las dijo en lengua romanca. Supimos después que se las había enseñado Zina para que todos pudieran comprenderle.

El tumulto que se produjo fué mucho mayor que el provocado por su intervención anterior. Esta vez ya no podía escapar de la nota de sacrilego, pues oficialmente constaba que Odette «tenía el signo».

Así, fué extraordinario el furor unánime contra aquel loco que repetía con increíble audacia y en aquel momento su desenfadado embuste.

Los guardias cayeron sobre él. Andrés, ebrio de sacra cólera, blandía un arma sobre la cabeza del *re-pórter*; pero éste pudo escapar de los puños que le destrozaban, mientras todo el pueblo decía a gritos:

—A muerte. La reina tiene la señal... ¡Tiene la señal!

El repórter, de un salto, se colocó al lado de Odette, puesta de pie, como alocada, y ante la cual se puso Hubert. Pero Rouletabille tumbó a éste y, arrancando el manto regio de los hombros de la *queyra*, dejó al descubierto su espalda, gritando:

—Mirad, mirad todos. *No tiene la señal.*

Y era cierto que había desaparecido la señal de la corona... Sobre la nivea espalda no se veía signo alguno. No daban crédito a sus ojos los que la habían tocado días antes.

Los ancianos pasaron sus manos temblorosas por la carne inmaculada, para cerciorarse de que no eran víctimas de algún subterfugio y que no se había celado la señal sagrada con polvos y afeites.

El tumulto crecía y el pueblo reclamaba la presencia de Zina, de la testigo recusada por Rouletabille. La muchedumbre recordaba bien el argumento aducido por el repórter:

—Si desde sus primeros años la princesita llevaba la señal de la corona, ¿por qué no dijo palabra la nodriza; por qué, habiéndola seguido en todas sus andanzas, tardó tanto en anunciar a los cíngaros el nacimiento de la *queyra* vaticinada por las Escrituras?

Y con mayor energía cada vez la turba reclamaba la presencia de la vieja:

—¡Zina! ¡Zina!

Y apareció Zina. Apenas podía sostenerse. Rouletabille la llevó hasta la presencia de Odette, a cuyos pies se arrojó. Y empezó su confesión, retorciéndose las manos:

—Es verdad que ésta no es la *queyra* esperada. *Mentí, mentí.* Nunca tuvo señal alguna. Mis maleficios se la pusieron. Mis maleficios se la han quitado... *Mentí, mentí...*

—¡Profanación!—exclamó el patriarca.

Todo el furor de los fieles descargó sobre Zina. El populacho invadió el presbiterio y la desgraciada vieja desaparecía entre el oleaje espantoso de la muchedumbre, mientras pasaban, por orden del patriarca, apresuradamente a la sala del Consejo Supremo los principales actores de este drama a la vez político y religioso, incluso Juan, que, desde los primeros momentos, se fué corriendo al lado de Rouletabille...

Los labios de Zina, después de la confesión, pudieron aún murmurar:

—Y ahora, puedo morir.

Y, en efecto, murió lanzando su postrer mirada a la que había siempre amado como a una *raya*, a la cual trocó en reina para poder salvarla.